

Cappelletti, Angel J., *Positivismo y evolucionismo en Venezuela*. Caracas, Monte Avila Editores, 1994 (1a edición, © 1992).

De nuevo, como lo hizo en algunos de sus excelentes y ampliamente reconocidos trabajos anteriores, el profesor Angel Cappelletti emprende la labor del historiador y el cartógrafo de las ideas en una región y período dados, que esta vez son los de la filosofía positivista y evolucionista en nuestro país entre 1870 y el período gomecista. Y una vez más Cappelletti produce la referencia obligada para la exploración del territorio que ha cartografiado, tal como lo había hecho anteriormente con sus estudios sobre los presocráticos y sobre la filosofía griega en general, sobre la filosofía del Medioevo, sobre el anarquismo, sobre el utopismo, sobre la teoría política moderna en general y sobre tantos otros temas. La diferencia es que en este caso la región explorada no había sido cartografiada de manera tan sistemática y amplia con anterioridad, lo cual hace que la obra deba ser considerada como pionera en su área.

La nueva obra de Angel Cappelletti está dividida de la siguiente manera:

Prólogo

- I) El positivismo y su recepción en América Latina
- II) El positivismo en Venezuela
- III) Adolfo Ernst y el método científico
- IV) Rafael Villavicencio: del positivismo al monismo espiritualista
- V) Vicente Marcano y la filosofía química
- VI) Lisandro Alvarado: positivismo y filología
- VII) El monismo materialista de Luis Razetti
- VIII) Guillermo Delgado Palacios: un materialismo metódico
- IX) Luis López Méndez y el liberalismo spenceriano
- X) Figuras menores del positivismo
- XI) Positivismo andino
- XII) José Gil Fortoul: historia y derecho público
- XIII) Laureano Vallenilla Lanz y el gendarme necesario
- XIV) César Zumeta: el periodismo político
- XV) Pedro Manuel Arcaya y la sociología venezolana
- XVI) Positivismo y literatura

En el prólogo, el autor establece el sentido del título de la obra, comenzando con el que da al término «positivismo». En un sentido más estricto el término indica la filosofía de Augusto Comte y sus seguidores inmediatos (tales como el ortodoxo Lafitte y el heterodoxo Littré); en un sentido más amplio, indica el pensamiento de quienes concuerdan con Comte en ciertos lineamientos filosóficos básicos (autores como Tarde, Renan, Ribot, Stuart Mill, etc.).

Cappelletti nos dice que la variante más significativa del positivismo surgió con la introducción por Herbert Spencer del concepto de evolución en todos los niveles de la realidad; la misma incluye a Haeckel y a quienes derivan hacia la metafísica «inductiva» a partir de las teorías biológicas de Darwin. El autor incluye dentro del positivismo incluso a

filósofos que, habiendo partido de los principios de Comte o de Spencer, han arribado a un franco materialismo (como Moleschott o Büchner) o tienden a una nueva especie de vitalismo (Guyau) o de espiritualismo (Fouillée, Ardigó). Así pues, el término es usado en su sentido más amplio, como corresponde a la recepción de las corrientes positivistas y similares en América Latina y, en particular, en Venezuela.

Por otra parte, Cappelletti nos advierte que el libro no es ni puede ser una historia de la *filosofía* positivista y evolucionista en Venezuela, pues el único de los «positivistas» que podría merecer con cierta propiedad el título de «filósofo» (en el mismo sentido que lo merecería, por ejemplo, Varona en Cuba) es Rafael Villavicencio. Es cierto que otros — como Gil Fortoul— escribieron obras cuyos títulos incluían la palabra «filosofía» (*Filosofía constitucional; Filosofía penal*); o bien —como Razetti— publicaron libros en que se trataban problemas esenciales de la filosofía de la ciencia (*Qué es la vida*). Ahora bien, sólo Villavicencio hizo de la filosofía el objeto principal de sus intereses y labores intelectuales. Los autores estudiados en la obra fueron, en cambio, sociólogos, historiadores, antropólogos, lingüistas, filólogos, pedagogos, juristas, químicos, médicos, biólogos, etnólogos, críticos literarios, periodistas-políticos e incluso cuentistas y novelistas... que recibieron una influencia sustancial de las ideas del positivismo y del evolucionismo. El profesor Cappelletti especifica el sentido que da a estos últimos términos:

1) Determinar la influencia de Comte o de Spencer es con frecuencia imposible, pero también innecesario en la medida en que la continuidad temática y la comunidad problemática resultan indicios suficientes cuando todo induce a pensar que otras fuentes son imposibles o inverosímiles. Claro está, a menudo la dependencia de los autores venezolanos con respecto a sus fuentes es genérica y no muy rigurosa.

2) Los «positivistas» venezolanos son por lo general poco dogmáticos y poco sistemáticos. En casi todos los casos hay una tendencia al eclecticismo y muy pocos siguen de cerca a algún filósofo positivista europeo (como López Méndez a Spencer o Razetti a Haeckel). Hablando de las ideas filosóficas imperantes en la Universidad de Caracas, Carracciolo Parra usa la expresión «convivencia y mezcolanza de opiniones», que también podría extenderse a los períodos siguientes de la historia de las ideas en Venezuela.

En casi todos los positivistas, la independencia intelectual, fruto del liberalismo profundamente arraigado en el pueblo venezolano, evita cualquier intento escolástico o sectario y deja un amplio campo a la originalidad; muchos escriben largos pasajes que no hacen pensar en el positivismo y el evolucionismo (a pesar de no ser adversos a estas corrientes). Cappelletti menciona a Samuel Darío Maldonado, a Jesús Semprum, a César Zumeta y a Luis María Urbaneja Achelpohl.

En Villavicencio o en Gallegos se advierten incluso ideas que pueden considerarse antipositivistas (Bergson en el primero, Nietzsche en el segundo). Sin embargo, podemos hablar de positivismo en la medida en que, en los sistemas de ideas y las raíces históricas de todos los autores «escogidos» por Cappelletti, predominan de manera más o menos clara el positivismo y el evolucionismo (en los sentidos ya especificados). Es más, nuestro autor intenta dilucidar el sentido del término en cada uno de los pensadores por él escogidos. En general, el positivismo reinó desde la pérdida de vigencia de la escolástica y el espiritualismo cristiano y el descrédito del idealismo alemán (Kant, Hegel), hasta el ascenso del marxismo, que todavía en los años 20 tenía una audiencia reducida.

En el capítulo I, el autor nos habla de la transición de la unanimidad filosófica de la época colonial, basada en el dogma católico y sostenida por la amenaza del garrote de la

«santa» Inquisición, a la unanimidad filosófica libertadora basada en las ideas de la Revolución Francesa y sostenida por necesidades políticas comunes en las distintas sociedades coloniales, y, de ésta, a la cuasi-unanimidad filosófica de la época que abarca desde 1870 hasta la Primera Guerra Mundial —basada en el positivismo y sostenida por necesidades económicas igualmente comunes—.

Unanimidad positivista, sí, pero de nuevo ¿qué se entiende por «positivismo»? Cappelletti cita a Kolakowski:¹

«El nombre «filosofía positiva» procede de Saint-Simon y Augusto Comte y, en su versión abreviada —«positivismo»— subsiste hasta hoy día, aunque esos mismos que se presentan a los ojos de los historiadores o de los críticos como partidarios de la doctrina positivista, no estén todos de acuerdo en reclamar este nombre.»

Cappelletti advierte que al hablar del «positivismo» se hace referencia a algo tan mal definido y circunscrito como al hablar del «romanticismo» o del «espiritualismo», que prevalecieron en América Latina entre 1830 y 1860. En otras palabras, no se trata de un término unívoco y bien delimitado, y no es raro confundirlo con «materialismo» o «naturalismo», o simplemente con «empirismo» o «sensualismo».

En consecuencia, la primera tarea del profesor Cappelletti es distinguir algunos de los distintos tipos de positivismo:

(A) El de Comte y sus seguidores inmediatos —quienes pueden ser ortodoxos y adeptos a la religión de la humanidad, como Lafitte, o heterodoxos y ajenos a las elucubraciones religiosas, como Littré—. (B) El de Spencer y Darwin, o sea, el evolucionismo. (C) Los de los distintos tipos de pensadores independientes que produjeron sistemas de ideas afines. (D) El monismo materialista derivado de Haeckel² y otras formas de materialismo mecanicista, como las de Vogt, Büchner o Moleschott. (E) El determinismo antropológico, representado por la escuela de Lombroso.³ (F) El científicismo, que origina a veces una metafísica empírica e inductiva. Finalmente, a las corrientes anteriores hay que agregar (G) las actitudes de transición desde el positivismo al

¹Kolakowski, L. (Madrid, 1981), *La filosofía positivista*, p. 13.

²También evolucionista, Haeckel es el productor de una clara ontología monista (para la cual el espíritu es material y hay una correspondencia entre la evolución del individuo como microcosmos y la del macrocosmos en general), la cual, a juicio de quien esto escribe, se encuentra entre lo más interesante producido por los evolucionistas de todas las corrientes —a pesar de que su justificación de la guerra y de la pena de muerte es absolutamente inaceptable—.

³Más adelante veremos la lista que hace el profesor Cappelletti de los males propugnados por los creadores del positivismo y el evolucionismo. Ahora bien, probablemente uno de los positivistas-en-sentido-amplio que menos le agraden sea Lombroso, para quien los anarquistas —con muy pocas excepciones, entre las cuales menciona específicamente al príncipe Kropotkin— muestran las características del tipo criminal-violento por excelencia. Sabemos que Cappelletti admira a Kropotkin en mayor medida que a Bakunin —quien propugnó el uso de la violencia— y, sobre todo, que a extremistas de la violencia como Johannes Most, pero ello no quiere decir que no admire también profundamente a Bakunin y a otros activistas que propugnaron la violencia. Sin embargo, Cappelletti se distancia de Kropotkin precisamente en la medida en que éste se ubica en corrientes afines al positivismo, al evolucionismo spenceriano, al materialismo mecanicista y al científicismo.

idealismo, al vitalismo, etc., que representan, por ejemplo, Fouillée y Guyau⁴ dentro de la filosofía francesa.⁵

En el resto del capítulo, Cappelletti pasa revista a estas corrientes y vincula con ellas el pensamiento de distintos autores latinoamericanos en general y venezolanos en particular (cosa que hará de manera más específica en los capítulos siguientes, al ocuparse de cada uno de los autores escogidos). Al hacerlo, establece importantes analogías entre los autores venezolanos que pueden ser ubicados en una u otra corriente y los pensadores afines de otros países de América Latina.

En el capítulo II, el profesor Cappelletti resume la historia de la filosofía positivista en Venezuela, donde «tiene sus primeras manifestaciones... antes que en la mayoría de los países latinoamericanos». Si se exceptúa a México —dice Cappelletti— donde Gabino Barreda, discípulo de Comte, lo introduce en la década del 50, podría decirse que el *Discurso* pronunciado por Rafael Villavicencio en 1866 en la Universidad de Caracas constituye la primera exposición del pensamiento del filósofo francés en América Latina. Menos académica y más política es, en todo caso, la *Oración cívica* que Barreda pronuncia el año siguiente en Guanajuato, exhortando a sus compatriotas a adoptar la divisa positivista: «Orden y progreso». Adolfo Ernst había llegado a Caracas cinco años antes del mencionado *Discurso* de Villavicencio, trayendo, junto a su bagaje de conocimientos científicos, una mentalidad conformada por las ideas evolucionistas. Ahora bien, dedicado primero (a partir de 1863) a la enseñanza de la lengua alemana, recién accedió a la cátedra de Historia natural de la Universidad caraqueña en 1874.

Dicha cátedra se transformó pronto en órgano de difusión de las ideas positivistas acerca del método científico y las teorías darwinianas de la evolución. Su titular y Villavicencio —colegas y amigos— deben ser considerados como maestros de toda una generación de universitarios cuya concepción del conocimiento y de la realidad natural y social fue influida fuertemente por la filosofía positivista y evolucionista.⁶ A ellos se agregan escritores del interior, como Briceño Vásquez y Vicente Marcano, para constituir la primera generación positivista. A excepción de Marcano, ellos apoyan la obra de Guzmán Blanco («el autócrata civilizador»): aunque son todos liberales en cuanto partidarios de la libertad de pensamiento y de culto, del constitucionalismo, de las formas republicanas y parlamentarias, etc., la mayoría de ellos no cuestiona la centralización dictatorial del poder político ni demuestra preocupaciones propiamente democráticas. Son anticlericales pero, salvo excepciones (Briceño Vásquez), no particularmente agresivos hacia la Iglesia y el clero. Su interés está centrado en las ciencias naturales más que en las sociales.⁷

⁴Quizás, entre los autores que pueden ser ubicados dentro de alguna de las corrientes positivistas y afines, Guyau sea uno de los predilectos de Cappelletti.

⁵En esta clasificación Cappelletti sigue a Magnini, B (Roma, 1955), *Storia del positivismo*.

⁶Aunque Cappelletti evita emitir juicios de valor demasiado rotundos acerca de los pensadores positivistas venezolanos en términos de sus propios puntos de vista, sé que estaría de acuerdo en mi uso de la palabra «afortunadamente» con respecto a la transición posterior de Villavicencio a una mística monista de tendencia neoplatónica (que reseñará en el capítulo IV).

⁷Muchos de ellos eran probablemente francmasones y, aunque algunos hayan tenido divergencias políticas con Guzmán Blanco, es probable que en su mayoría hayan preferido no criticar al gobernante en la medida en que muchas de las medidas de éste se correspondían con sus respectivos intereses y cosmovisiones (así como con los de la institución). En particular, es de destacar el Decreto sobre Instrucción Gratuita, la inauguración

La segunda etapa del positivismo venezolano está representada por la actividad científico-literaria de los discípulos de Ernst y Villavicencio, en sus años juveniles, y coincide con los gobiernos que van desde Rojas Paúl hasta Cipriano Castro (1888-1908). A esta etapa corresponde la obra juvenil de Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, Luis Razetti y otros que siguieron escribiendo en la posterior etapa gomecista, junto a representantes de la primera etapa como Villavicencio. También se debe incluir en ella figuras como López Méndez y Elías Toro y, entre los literatos influenciados, a Manuel Vicente Romero García. Razetti y López Méndez aprovechan la apertura política para enfrentarse abiertamente al pensamiento católico y la filosofía tradicional. En general, en esta etapa puede decirse que Spencer predomina sobre Comte y sus discípulos.

La tercera etapa coincide con la dictadura de Juan Vicente Gómez (1908-35) e incluye, tanto la obra madura de algunos de quienes se iniciaron en el período anterior (Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, César Zumeta, etc.), como la de algunos otros que empezaron a publicar sólo después de 1908 (Rómulo Gallegos, Urbaneja Achelpohl, Jesús Semprum, Vallenilla Lanz, etc.). Casi todos ellos cultivaron las ciencias sociales y a menudo la literatura narrativa; aunque Spencer sigue predominando, está claro que Comte, Taine y otros enemigos de la democracia cobran nuevo relieve como fuentes del pensamiento político: como ha señalado Elías Pino Iturrieta, a pesar de notables excepciones como Gallegos, Razetti y Salas (quienes deben optar por el exilio, temporal en el caso de los dos últimos) muchos se ponen al servicio de Gómez e intentan justificar ideológicamente su dictadura, que Cappelletti llama «retrógrada e incivil».

A ello se prestaban, sin duda alguna, las concepciones de algunos positivistas y/o evolucionistas: Spencer propugna ideas racistas e inicia el darwinismo social, al cual se le reprocha

«...la sobrevaloración de la importancia de los factores hereditarios como elementos causales de las diversas formas de conducta humana, la justificación del imperialismo y el colonialismo (los hombres inferiores no sufren tanto esclavizados como los superiores, etc.), la glorificación de la guerra como instrumento básico de la evolución...»⁸

...además de su mecanicismo, su justificación del capitalismo manchesteriano, su militante antisocialismo, su justificación de las conquistas coloniales, etc. Comte, a su vez (aparte de considerar el hecho como la única realidad y no meramente como único objeto cognoscible), desprecia la democracia y el socialismo, odia la revolución, venera la «aristocracia del saber», etc. Taine y Renan tienen concepciones aristocratizantes y un ideal

del primer ferrocarril (Aroa-Tucacas), la construcción del acueducto de Caracas y del Capitolio Federal, el destierro del arzobispo Guevara y Lira, etc.

⁸La cita es de Grasa Hernández, R. (Madrid 1986), *El evolucionismo: de Darwin a la sociobiología*, p. 74. En verdad, el concepto mismo de «evolución social» implica la idea de la superioridad de los «más evolucionados» sobre los «menos evolucionados» y contradice la evidencia encontrada por una serie de estudios de fósiles y restos arqueológicos del paleolítico y el neolítico [resumidos en el artículo «Paléopathologie: De quoi souffraient les hommes préhistoriques» (*Sciences et Avenir*, No. 553, marzo 1993, pp. 44-7), que fue resumido y comentado a su vez por el mismo Cappelletti en un artículo reciente en el suplemento dominical de *Últimas Noticias*], sobre «economía primitiva» (tales como *Stone-Age Economics* de Sahlins) y sobre antropología y etnología (como *La sociedad contra el Estado* de Clastres), todos los cuales tienden a mostrar la superioridad (en muchos sentidos) de las sociedades «primitivas» y sus miembros sobre las sociedades actuales y sus individuos.

del «gobierno de los sabios» (científicos), desprecian el pueblo, tienen una actitud adversa a la Revolución Francesa. Haeckel justifica la guerra y la pena de muerte, y así sucesivamente. Si todas estas ideas reaccionarias y antidemocráticas forman parte del legado positivista en el sentido más amplio del término, no es de extrañar que la mayoría de los positivistas venezolanos del tercer período hayan justificado la dictadura gomecista. Sin embargo, en su primer período el positivismo y el evolucionismo venezolanos habían luchado por superar antiguas formas de opresión: política (caudillismo feudal, militarismo, etc.), social (esclavitud, servidumbre agraria, etc.) y cultural (censura gubernamental, represión eclesiástica, etc.). Si se acepta que el motivo principal por el cual en su tercer período el positivismo se transformó en justificador de la dictadura más reaccionaria e «incivil» fue el contenido reaccionario de las ideologías de los ya mencionados originadores del positivismo y el evolucionismo, es lógico preguntarse cómo en su primera etapa el positivismo venezolano pudo haber sido en gran medida «progresista». Algunos (como Pino Iturrieta) no aceptaron, pues, dicha premisa, y propusieron que el motivo por el que los positivistas y evolucionistas del período gomecista justificaron la dictadura y todos los males de la época fue simplemente que, apoyando la dictadura, obtuvieron cargos y privilegios. Cappelletti insiste en defender la premisa en cuestión y afirma que el vínculo entre positivismo y dictadura no es un hecho aislado ni se limita a la dictadura de Gómez; en la historia de América Latina independiente las dictaduras sólo intentaron justificarse ideológicamente a través del tomismo y la filosofía cristiana (desde García Moreno en Ecuador hasta Ramírez, Onganía o Videla en Argentina) o a través del positivismo. No se puede, entonces, admitir que el vínculo entre este último y el gomecismo haya sido meramente accidental y externo.

En efecto, para positivistas y asociados, la historia y la sociología enseñan que sólo «un hombre fuerte y bueno» puede curar los innumerables males del país, asegurando la paz y fomentando el trabajo, como únicos fundamentos posibles del orden y del progreso: la teoría del «gendarme necesario» es inherente al cosmos conceptual del positivismo y el evolucionismo. Sería necesario explicar, en consecuencia, no el vínculo entre positivismo y opresión en el período gomecista, sino el supuesto vínculo entre positivismo y progresismo en períodos anteriores —y, en el período gomecista, entre positivismo y hombres como Gallegos y Salas—. ⁹ Ahora bien, aunque ilustrado, ¿no era un despotismo el del Guzmán Blanco, glorificado por Ernst y otros de los maestros de los positivistas del período gomecista? Claro está, el título de «Ilustre Americano» que se da a Guzmán no carece de fundamento; su despotismo produjo progresos reales y su gestión tuvo aspectos francamente positivos, que podían ser exaltados sin vergüenza alguna por los teóricos del progreso y el secularismo (mientras que en el caso de la exaltación de Gómez —podríamos nosotros agregar— la ausencia de vergüenza no podría ser otra cosa que sinvergüenzura). Sin embargo, no puede haber duda de que dicha exaltación era la exaltación de un totalitarismo (o como prefieren decir los norteamericanos en la actualidad, un autoritarismo), como conviene y ha convenido siempre al positivismo y el evolucionismo

⁹O, en la Europa actual, entre el liberalismo del recién fallecido Karl Popper y el para-neo-positivismo de éste en su papel de «crítico del círculo de Viena». Una posible explicación de la vinculación entre positivismo y progresismo en el primer período del positivismo y el evolucionismo en Venezuela sería que el carácter laico e independiente del positivismo se prestaba para justificar los proyectos liberales y progresistas. Por otra parte, el término mismo «progresismo» implica una valoración positiva del progreso —o sea, un evolucionismo social como el que propugnaron los positivistas en el sentido más amplio del término—. Cfr. la Nota 7.

entendidos como una unidad. En consecuencia, no hay tanto que explicar como originalmente parecía.

Después de recordarnos que, en su juventud, incluso ilustres pensadores democráticos de la actualidad como Arturo Uslar Pietri y Luis Beltrán Prieto Figueroa (habiendo el primero girado luego hacia un liberalismo conservador y el segundo hacia un socialismo democrático no exento de influencias marxistas), sufrieron influencias positivistas, el profesor Cappelletti hace un resumen de los temas, problemas y conceptos más importantes y frecuentes entre los positivistas venezolanos. La lista es la siguiente: (1) Cientificismo; (2) Naturalismo; (3) Determinismo; (4) Evolucionismo; (5) Monismo; (6) Positivismo histórico; (7) Civilización y barbarie; (8) Anticlericalismo; (9) Educación; (10) Tecnificación; (11) Inmigración y (12) Antiimperialismo. Por motivos de espacio, no podemos entrar en detalles sobre las formas más típicas de abordar y tratar estos temas, ni tampoco sobre los estudios que hace el profesor Cappelletti de cada uno de los autores a los que dedica los siguientes capítulos. El objeto de esta reseña es abrir el apetito del lector a fin de que emprenda la lectura de la obra y lo averigüe por sí mismo.

No está de más volver a insistir en la importancia de la obra: no importa cuántos estudios se hayan hecho sobre el positivismo en Venezuela, ninguno lo había hecho de manera tan sistemática y amplia como éste, que por derecho propio pasará a ser la referencia obligada sobre el tema.

Elías Capriles.